

Domingo I de Cuaresma Ciclo B



18 de febrero de 2024

Gn 9, 8-15

Sal 24

1Pe 3,18-22

Mc 1, 12-15

P. Eduardo Suanzes, msps

Jesús acaba de ser bautizado y Marcos concluye el episodio del bautismo con la frase del Padre que se deja escuchar: «*Tú eres mi Hijo querido, mi predilecto*»¹. Inmediatamente después sucede lo que hemos oído: el Espíritu que llena a Jesús lo empuja al desierto. El hijo de Dios, el Predilecto, se deja llevar del Espíritu. Ya San Pablo había escrito a los Romanos (porque en realidad esa carta se escribió antes del evangelio de Marcos) que «*todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios*»². Y Jesús es el Hijo, todos sus movimientos son guiados por el Espíritu, llenos del Espíritu. Este es un buen punto de reflexión durante esta cuaresma: ¿me dejo llevar por el Espíritu de Dios o por mí mismo? ¿Me dejo llevar por el Espíritu bueno o por el espíritu malo? Porque a veces me dejo llevar por mi interés, y otras por el espíritu malo, que siempre apunta a mi interés. Soy hijo de Dios, por lo tanto, he de dejarme llevar, mover, poseer, llenar por el Espíritu Santo, que esa es la característica de todos los hijos de Dios.

¿Qué significa dejarse llevar por el Espíritu? ¿Cuáles son sus consecuencias? ¿Por qué a veces pensamos que esto de dejarse llevar por el Espíritu es inalcanzable?

Miren. Juan, en su evangelio nos dice «*Ustedes en cambio, lo conocen [al Espíritu] porque vive con ustedes y está entre ustedes*»³; y esto quiere decir que detectar su presencia y su acción sí está a nuestro alcance. El Espíritu altera la vida⁴, provoca cambios, transforma, empuja a una ruptura de límites. La acción del Espíritu tiene que ver con la sobreabundancia, con la exageración, con el desbordarse, con el «salirse de madre», como cuando un río se sale del cauce. Y eso es lo que hace en Jesús: el Espíritu lo lleva al desierto, el lugar de encuentro con Dios, y el lugar también de someterse a la prueba.

También en los signos de Jesús aparece siempre el desbordamiento, el derroche y la desproporción: el vino es mucho más del que hacía falta para la boda, sobran doce cestos de panes y peces, la pesca es tan abundante que casi provoca el hundimiento de la barca... Y ese mismo rasgo aparecerá después en la comunidad cristiana y en tantos seguidores de Jesús a lo largo de la historia.

¹ Mc 1,11

² Rm 8,14

³ Jn 14,17

⁴ Cfr. DOLORES ALEIXANDRE. *A zaga de tu huella*, en *La vida cristiana bajo el impulso del Espíritu. Cuadernos de Teología Deusto. Núm.17*. Universidad de Deusto, 1998

Otra consecuencia del dejarse llevar por el Espíritu es la extirpación del miedo en nuestra vida. El miedo es esa experiencia central del vivir humano, esa emoción reactiva que aparece en nosotros cuando sentimos que estamos en presencia de una amenaza para la cual no tenemos un sistema de defensa adecuado. El único libre de miedo es Dios. El miedo altera la percepción, acentúa el sentimiento de desproporción entre lo que existe de verdad y lo que uno percibe, induce a reacciones como la de huir, petrificarse, gritar o enmudecer. Para la Biblia cada vez que hay un encuentro de Dios con alguien lo primero que aparece es «no tengas miedo» «no temas». Lo primero que percibe el que vive un encuentro con lo divino es un miedo que lo sitúa en el umbral de un vértigo. Por eso la acción del Espíritu es alejar el miedo, porque como dice Pablo «No han recibido un espíritu de esclavos para recaer en el temor, sino un espíritu de hijos que nos hace gritar ¡Abba, Padre!»⁵

Existe una oración al Espíritu Santo muy antigua en la Iglesia (la Secuencia al Espíritu Santo)⁶ en la que le pedimos: «*jilumina los sentidos!*». Y es que «accedemos a la realidad condicionados, no neutrales, porque nuestra sensibilidad no lo es. Es ahí, en el mundo de los sentidos, donde nos lo jugamos todo, no en las intenciones ni en la voluntad, ni en los deseos»⁷. Que es lo que le dice Jesús a sus apóstoles en la barca: «*¿Todavía no entienden ni acaban de comprender? ¿Tan embotada tienen la mente? ¿Para qué tienen ojos si no ven, y oídos si no oyen?*». Jesús les está reclamando que sus sentidos no están conectados con su interior. Es decir que el protagonista del encuentro con el Señor es también nuestra sensibilidad, las posibilidades de nuestra corporalidad, tan descuidadas y olvidadas porque solo se quedan en lo superficial. Por eso le pedimos al Espíritu «*jilumina los sentidos!*» para que nuestros sentidos estén conectados con nuestra interioridad.

El samaritano de la parábola, por ejemplo, se nos aparece en el relato de Lucas con los sentidos bien despiertos y conectados con su interior: al pasar junto al herido «*lo vio y se conmovió*» y eso quiere decir que su mirada estaba conectada con su interioridad. Dice después que «*se acercó*»: son sus pies los que se aproximan, son sus manos las que curan, es después su palabra la que se compromete con el posadero, es toda su corporalidad la que se pone al servicio de su prójimo. Y por eso Jesús aconseja al escriba: «*vete y haz lo mismo*». Es decir, sé una persona despierta, conecta tu corazón con tu sensibilidad, trata de ser alguien capaz de convertir lo que sientes en compromiso de vida en favor de los que están en las cunetas de los caminos

Sí. Dejarnos llevar por el Espíritu es un buen punto de reflexión, meditación e interiorización para esta Cuaresma. Dejemos que Él nos lleve al desierto que es el lugar del encuentro, del silencio. Pero hay que querer ir y eso está al alcance de todo aquel que se lo proponga.

⁵ Rom 8, 14

⁶ El texto se atribuye a STEPHEN LANGTON (alrededor de 1150-1228), arzobispo de Canterbury

⁷ ADOLFO CHÉRCOLES, SJ La afectividad y los deseos en los Ejercicios Espirituales. Ponencia. Barcelona, 1994